

EL MODO DE VIDA COMO FACTOR SOCIOLINGÜÍSTICO
EN LA CIUDAD DE MÉXICO*

YOLANDA LASTRA
PEDRO MARTÍN BUTRAGUEÑO
UNAM - El Colegio de México

Sólo si establecemos hipótesis generadas por algún modelo social y cultural podremos discutir los mecanismos de innovación y difusión de los cambios lingüísticos y la imagen social de la variación. Un vistazo superficial a la realidad de la ciudad de México sugiere que partir de un modelo social basado en la idea de conflicto puede ser más coherente que partir de un modelo de consenso. Ahora bien, ¿son de peso las razones que podrían alegarse?, ¿cómo llevar a la práctica un estudio sociolingüístico basado en el conflicto entre grupos sociales?, ¿ha de ser ello productivo para el estudio de la variación y el cambio lingüístico, que es lo que finalmente importa? Sólo disponemos de respuestas preliminares para esas preguntas, así que por lo menos procuraremos formularlas de una manera adecuada¹.

* Una versión bastante preliminar de este trabajo fue leída en el Segundo Coloquio de Lingüística en la ENAH, que tuvo lugar del 22 al 24 de abril de 1998.

¹ El proyecto de "Cambio y variación lingüística en la ciudad de México" --CVM-- (Lastra y Martín 1997), actualmente en curso de realización, está asociado al "Proyecto para el estudio sociolingüístico del español de España y América" (Moreno Fernández 1997), que es auspiciado por la ALFAL. El proyecto local comparte su metodología nuclear con el proyecto general, pero a su vez ha estado intentado desarrollar una metodología adecuada para el estudio de la ciudad de México. A la fecha (agosto de 1998) se han levantado unas cuarenta encuestas. Además del modo de vida al

¿UN MODELO DE CONFLICTO?

El flujo principal de la sociolingüística hispanoamericana ha seguido, hasta el momento, las propuestas labovianas, lo que es especialmente notorio en el tratamiento de las clases sociales². Se ha acusado en repetidas ocasiones a Labov de dar por buena y adoptar una versión trivializada de la llamada sociología funcionalista norteamericana (cf. Granda 1994, p. 201)³. Los dos

estilo de CVM y a la manera de PRESEEA, se consideran el sexo, la edad, el nivel de instrucción, el origen, los ingresos económicos, las condiciones de alojamiento, la profesión, el ascenso social, el grupo étnico, la ubicación geográfica, el espesor de la red y la centralidad de los hablantes en el seno de las redes. Siempre que estuvieran disponibles, se han consultado y cartografiado los datos del INEGI para poder comparar los datos de la muestra con los de la población estudiada. Se combina la información social cualitativa y cuantitativa. Se ha reclamado desde hace mucho una sociolingüística urbana apropiada: LARA y ZIMMERMANN 1988 y sobre todo ZIMMERMANN 1982. Este segundo trabajo, en especial, enunciaba un conjunto muy amplio de tareas. La mayor parte de ellas sigue pendiente.

² Muchos sociolingüistas hispanos, de hecho, prefieren sobre el polémico término de clase social el de nivel o el de estrato, por considerarlos términos técnicos no marcados (cf. LÓPEZ MORALES 1989, p. 129). LABOV 1966 distinguió diez clases, que luego reagrupó en cuatro secciones para poder analizar mejor los datos: clase baja, clase trabajadora, clase media baja y clase media alta. Para construir índices de nivel se suele atender a la ocupación, los ingresos y el nivel educativo. Sin embargo, se han levantado bastantes estudios con índices contruidos sólo a partir de alguno o algunos de esos factores. Particularmente complejos son los casos en que hay mucha inmigración, como ocurre en la ciudad de México; lo habitual es que los inmigrantes desciendan socialmente, aunque algunos pueden ascender (MILROY 1987b, pp. 31-34).

³ Según GRANDA, Labov toma su esquema de estructura social "de las obras de Talcott Parsons, representante de la más pura

principales problemas son la debilidad de la tal teoría y la impropiedad de extenderla a sociedades distintas a las postindustriales urbanas. Según Granda, la teoría es débil porque (i) supone una voluntad comunitaria concordante; (ii) atribuye carácter continuo a las clases sociales; (iii) los índices de pertenencia a clases, basados en indicadores materiales y cuantificables, son discutibles; (iv) ha sobrevalorado la estadística (pp. 202-203). Su aplicación a las sociedades hispanoamericanas es problemática porque (v) la estructura social no es continua; (vi) persisten vestigios de estructuras estamentales; (vii) la clase media no es homogénea; (viii) la segmentación en sectores tradicionales y modernos llega incluso a los estratos superiores; (ix) existe una gran masa de marginados; (x) en conexión con lo anterior, se presenta un sistema de imposición cultural y opresión socioeconómica (pp. 206-208).

Nuestra propia postura respecto a la crítica laboviana se resume en tres puntos. En primer lugar, en que siendo básicamente

ortodoxia de dicha orientación científica, íntimamente ligada al stablishment [sic] académico de la sociedad postindustrial avanzada de los Estados Unidos contemporáneos" (1994, p. 201). En descargo de Parsons, por cierto, convendría anotar que trabajos como PARSONS 1961 son un antecedente notable de la teoría de la marginalidad, fecunda en Latinoamérica, y que su concepto de estructura, que en realidad hace referencia a lo estable, debe confrontarse con el de proceso, que alude a las transformaciones (LEZAMA 1993, p. 212 y 316). En general, estos conceptos se entienden mejor si se remiten a la Escuela Ecologista de Chicago. Una lectura crítica de las varias interpretaciones funcionalistas del concepto de clase social puede encontrarse en LAURIN-FRENETTE 1976.

correctas las acusaciones que se han dirigido a Labov desde el punto de vista teórico, su propia práctica ha resultado ser tan socialmente matizada en muchos casos como estudios que han abordado el problema del vínculo social de maneras más explícitas⁴. En segundo lugar, en que bastantes problemas sustanciales para una teoría del cambio lingüístico no se ven afectados de manera central por la concepción que se tenga de la sociedad⁵; sí debe influir, desde luego, en la postulación de los mecanismos de innovación y difusión. En tercer lugar, en el estado precientífico de nuestra concepción social del lenguaje. Este tercer punto se desdobra en dos razones vinculadas. Por una parte, no parece haberse comprobado

⁴ Baste repasar el conocido trabajo de LABOV 1984; cf. también 1996, pp. 114-119.

⁵ LAVANDERA 1988, hablando de la necesidad de una teoría social, comenta que "if one's sights are set on a theory of grammar rather than a theory of language, then it is not crucial which social theory the sociolinguist adopts" (p. 6). Crucial o no, debería matizarse que el objeto central de la investigación variacionista, más que la gramática, ha sido el cambio lingüístico. Esto vuelve a ser evidente precisamente en la década posterior a la cita de Lavandera. Por otra parte, teoría toma en LABOV un sentido particular, básicamente inductivo (1996, pp. 35-38). El sentido de la palabra teoría, sin embargo, está mucho más cercano al sentido chomskyano en varios discípulos de Labov. Sobre que "Labov himself believes that the choice of social theory is irrelevant to the linguistic result" (LAVANDERA 1988, p. 7, citado como comunicación personal), sería difícil entonces estar de acuerdo con Labov si la afirmación se lleva a sus últimas consecuencias. "Given such an attitude --continúa Lavandera--, it is not surprising that Labov could describe the English passive as a sociolinguistic variable even after having found that it cannot be correlated with social factors" (p. 7). Este justo reclamo tiene que ver con los límites de estudio de la variación sintáctica, más allá de convertirse en mero recurso analítico (cf. MARTÍN BUTRAGUEÑO 1997a, 1997b; SILVA-CORVALÁN 1997).

--por lo menos, no más allá de muchas dudas-- por medio del levantamiento de estudios lingüísticos paralelos basados en teorías sociales divergentes cuál de ellas resulta mejor, es decir, más eficaz para explicar los datos de variación y cambio. Por otra parte, no parece probable que semejante cosa pueda probarse fácilmente, si se considera la precariedad ineludible⁶ de las muestras lingüísticas.

Este último punto, el escepticismo por la cientificidad de la teoría sociológica asociada y su metamorfosis inmediata en teoría sociolingüística no significa, obviamente, que dé lo mismo trabajar en cualquier marco. Por el contrario, nosotros mismos vamos a argumentar a favor de la adopción de cierto modelo social para el estudio de la ciudad de México. Sólo quiere tomar cum grano salis la validez de los argumentos sociales que es posible allegar -- incluso a la hora de postular hipótesis verosímiles sobre la innovación y la difusión-- y dudar un poco metódicamente de si, a fin de cuentas, los resultados finales van a variar sustancialmente partiendo de, digamos, un modelo de consenso o un modelo de conflicto.

De las diez objeciones en que puede resumirse el trabajo de Granda, todas o casi todas las referencias a las sociedades hispanoamericanas parecen pertinentes para el caso de la ciudad de

⁶ Ineludible casi siempre por la enorme cantidad de recursos necesarios para levantar primero y procesar después los materiales lingüísticos.

México. Directamente asociado a ello está la idea de comunidad⁷ (i) y la continuidad de la estructura social (ii); en realidad, (ii) es complementario de (v), y (i) y (ii) parecen suponerse mutuamente. De menos peso parecen las observaciones restantes, pues cualquier índice siempre será discutible, pero quizá sí necesario (iii)⁸, y la estadística puede ser indispensable en el proceso analítico, pero salir sobrando en la etapa interpretativa final (iv). Por tanto, lo crucial de las observaciones se encuentra en los puntos (v) a (x). Reflexionemos sobre ello⁹, aunque vaya por delante que nuestro marco se atiene a nuestro problema, es decir, a la sociología urbana y no a la teoría social general.

Comencemos por repasar algunos datos. Vamos a llamar Zona

⁷ Sobre los problemas para definir la comunidad de habla, véase FIGUEROA 1994, pp. 84-90, dentro de un marco en el que se examina la sociolingüística laboviana como teoría lingüística. Una perspectiva interesante, en PARODI y SANTA ANA 1997. Puede ser útil comparar ese trabajo con VILLENA PONSODA 1997, pp. 85-89.

⁸ De hecho, no sólo se emplean índices en los trabajos sociolingüísticos basados en la sociología funcional. Las propuestas de mercado lingüístico han elaborado índices, lo mismo que las de red social. Por supuesto, la cuestión es la "receta" del índice: la sustancia cualitativa o cuantitativa de los ingredientes y la proporción y oportunidad con las que estos ingredientes deben integrarse.

⁹ Procurando, por cierto, seguir la opinión de GRANDA cuando dice que "la base indispensable para una acción positiva en dicho sentido se basa, en mi opinión, en un más amplio y profundo conocimiento por parte de los sociolingüistas del mundo hispánico (y en especial de sus áreas centrales, del Noroeste argentino a México) del estado actual de la teoría sociológica" (1994, pp. 209-210). Resulta en ese sentido particularmente inquietante y sugerente la lectura de SCRIBANO 1997 y de PLEASANTS 1997

Pertinente (ZP) para nuestro trabajo al área que resulta de sumar las 16 delegaciones del Distrito Federal y a 11 municipios conurbados del Estado de México¹⁰, incluidos en la Zona Metropolitana de la ciudad de México ya para 1970 --pero no a los incluidos en 1980 y en 1990--. La razón de ello es poder suponer un grado aceptable de integración social y cultural: de 1970 a 1998 ha pasado, aproximadamente, el tiempo que corresponde a una generación (que se suele considerar de 30 años en los estudios demográficos)¹¹. Vivían en la ZP en 1990 un total de 13.470.973 personas¹². De ellos, 8.235.744 vivían en el Distrito Federal, y 5.235.229 en la parte del Estado de México considerada aquí¹³. De entre los muchos

¹⁰ Son los siguientes: Atizapán de Zaragoza, Coacalco, Cuautitlán, Chimalhuacán, Ecatepec, Huixquilucan, Naucalpan, Nezahuacóyotl, La Paz, Tlanepantla, Tultitlán.

¹¹ De entrada sabemos que no será posible cubrir representativamente todas las áreas de la ZP. Ésta funciona como una frontera; en nuestros diseños preliminares, sin embargo, estamos procurando mantener una representatividad razonable.

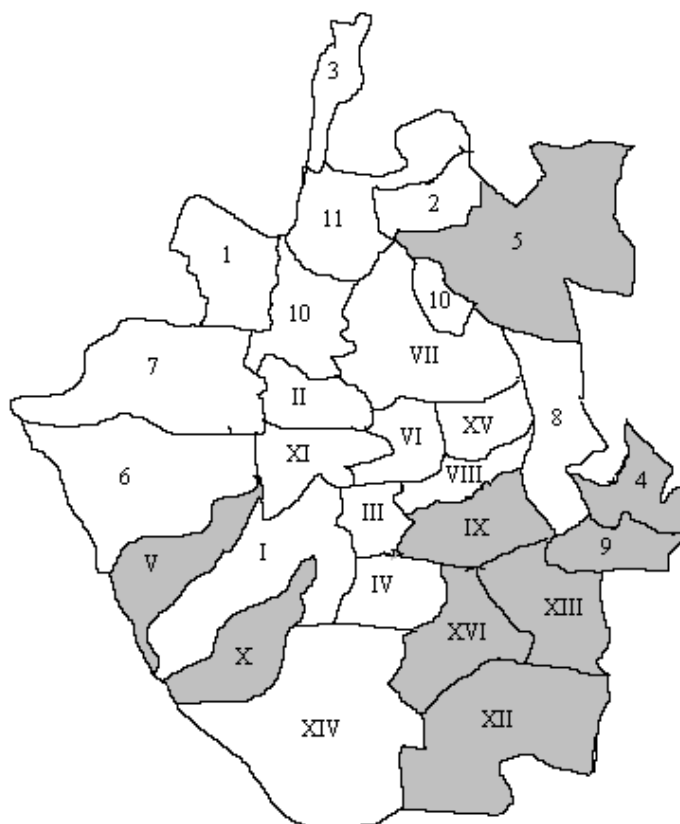
¹² Los datos demográficos que siguen forman parte de un informe estadístico y cartográfico más amplio que nos ha ayudado a elaborar la Unidad de Cómputo de El Colegio de México, lo que aprovechamos para agradecer. Todos los datos se refieren al Censo de 1990.

¹³ La densidad de población es mucho mayor en el D.F., 149,045 habitantes por km², frente a los 67,232 de la ZP del Estado de México. Por municipios y delegaciones, las diferencias absolutas y relativas llegan a ser enormes: desde los 48.858 hab. de Cuautitlán y los 63.654 hab. de Milpa Alta --zona eminentemente rural--, hasta las cuatro entidades que superaban el millón de habitantes: las delegaciones de Iztapalapa (1.490.499) y Gustavo A. Madero (1.268.068), y los municipios de Nezahualcóyotl (1.256.115, es también la entidad más densamente poblada) y Ecatepec (1.218.135).

indicadores disponibles que marcan fuertes diferencias en la ZP, repasemos el correspondiente a los ingresos de la población económicamente activa (PEA). Los ingresos de la PEA forman una especie de pirámide, con una amplia base y un agudo vértice. La PEA en la ZP era en 1990 de 4.532.817 personas. De ellas, el 64,1 % percibía menos de 2 salarios mínimos, el 26,2 % de 2 a 5 salarios mínimos, y el 9,7 % más de 5 salarios mínimos. Por si ello fuera poco, la proyección cartográfica de algunos de estos datos resulta sumamente reveladora. Elegimos el siguiente procedimiento. Como la ZP está formada por 27 entidades, para cada indicador relevante (ahora sólo vamos a presentar dos de ellos) dividimos el espacio en tres tercios, de manera que el mapa indique cuál es el tercio --9 entidades-- con mayor concentración del indicador. Comparemos entonces el tercio que concentra a la población que gana menos de 2 salarios mínimos con el tercio correspondiente a la población que gana más de 5 salarios mínimos:

GRÁFICO 1

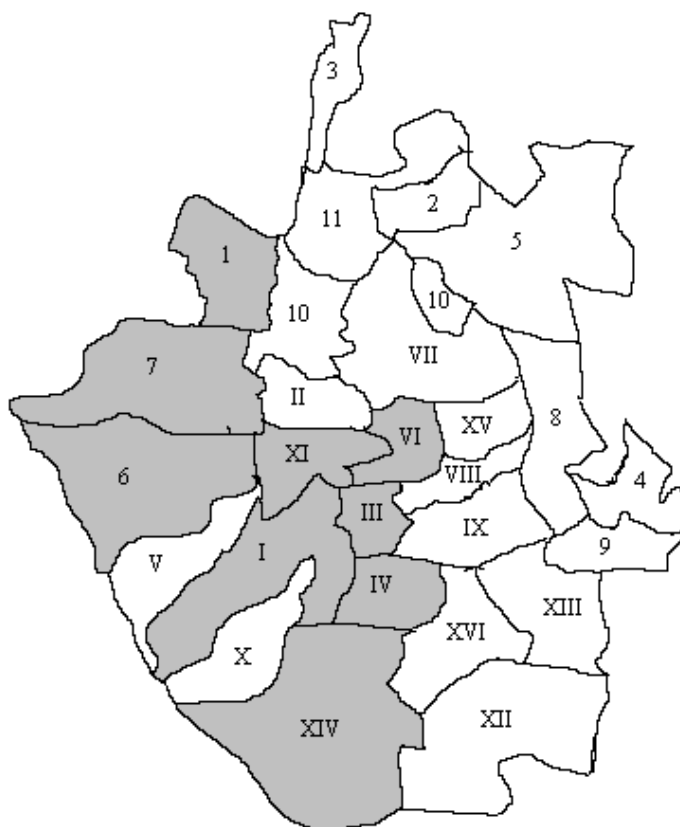
Concentración de PEA que ingresa menos de 2 salarios



XII, Milpa Alta (81,8 % de su población); XIII, Tláhuac (77,1 %);
 4, Chimalhuacán (72,5 %); XVI, Xochimilco (71,6 %); IX, Iztapalapa
 (70,7 %); 5, Ecatepec (69,5 %); V, Cuajimalpa (69,4 %); X,
 Magdalena Contreras (67,7 %); 9, La Paz (66,9 %)

GRÁFICO 2

Concentración de PEA que ingresa más de 5 salarios



III, Benito Juárez (24,1 % de su población); 6, Huixquilucan (17,6 %); IV, Coyoacán (16,3 %); XI, Miguel Hidalgo (15,8 %); 1, Atizapán (14,6 %); XIV, Tlalpan (13,5 %); 7, Naucalpan (12,9 %); I, Álvaro Obregón (11,2 %); VI, Cuauhtémoc (11,1 %)

Como salta a la vista, la población con menos ingresos se concentra al oriente de la ciudad, mientras que la población con más ingresos tiende a vivir al poniente. Entiéndase que estas son áreas de concentración. No faltan grupos extremos y en fuerte contraste en cualquier área; en muchas ocasiones, una simple avenida separa dos colonias de condiciones muy diferentes, y las relaciones sociales y personales directas entre esas áreas

límitrofes pueden ser muy escasas.

Aunque la exposición urbana de las condiciones demográficas y sociales resulta muy reveladora, no seguiremos con ella en este momento. Sólo nos interesaba mostrar las bien conocidas diferencias y aun saltos abruptos en la ZP.

La palabra conflicto es habitual en los trabajos sociológicos latinoamericanos. Por supuesto, significa cosas diferentes en marcos diferentes, compatibles quizá sólo en sentido intrascendente. Hay conflicto porque hay marginalidad. La marginalidad no ha sido uno de los problemas de la sociología latinoamericana, sino casi el problema por excelencia. Sin embargo, la marginalidad se ha estudiado poco como forma de conducta social --precisamente en el sentido que aquí más interesa-- (Lezama 1993, pp. 347-356). Los trabajos de Lewis (cf. 1961), por ejemplo, con su caracterización de la cultura de la pobreza en la sociedad, el barrio, la familia y el individuo, fueron posteriormente criticados con severidad, pero retomados por Touraine en un marco más amplio (cf. 1977, 1989)¹⁴. La polémica cultural puede reducirse a establecer si los marginados forman una comunidad con valores diferentes a la sociedad en general. Se ha observado que viven en zonas determinadas¹⁵, que su reivindicación fundamental es el

¹⁴ Es útil revisar también STAVENHAGEN 1986 y 1998.

¹⁵ Sobre la distribución de la población en la ciudad de México, cf. RUBALCAVA y SCHTEINGART 1985. A nosotros nos ha resultado especialmente útil NEGRETE, GRAIZBORD y RUIZ 1993.

espacio antes que la producción, que tienden a solicitar asistencia antes que derechos, que están fuertemente identificados con los barrios, que desconfían de las instituciones¹⁶. A efectos sociolingüísticos estos rasgos, entre otros, afianzan la percepción de la necesidad de emplear modelos de conflicto (piénsese por lo menos en las observaciones v, ix, x). Si aceptamos como definición de marginalidad la situación que resulta de la falta de correspondencia entre los derechos sociales y el goce de los mismos derechos (Sigal 1981), resulta relativamente fácil trasladar la idea, por ejemplo, a situaciones de bilingüismo y buscar los límites entre el derecho aceptado y su goce real. Si nuestro problema central es la variación y el cambio la relación entre afirmación social y correlato lingüístico no parece tan transparente, sin embargo.

No resulta claro en qué medida la dualidad social

¹⁶ En otras palabras, que viven del presente. Si ello fuera cierto, el rasgo temporal puede muy bien oponerlos al valor básico de las sociedades occidentales: la idea de progreso. Por supuesto, resultaría ingenuo o abusivo concebir las relaciones sociales en términos tan toscos. Los valores --¿producidos, conscientes, derivados?-- se expresan aquí sólo por oposición entre unos y otros. Por lo demás, la dualidad de las sociedades latinoamericanas era ya la primera de las famosas siete tesis erróneas: "Estas diferencias [...] no justifican el empleo del concepto «sociedad dual», por dos razones principalmente: primera, porque los dos polos son el resultado de un único proceso histórico, y segunda, porque las relaciones mutuas que conservan entre sí las regiones y los grupos «arcaicos» o «feudales» y los «modernos» o «capitalistas» representan el funcionamiento de una sociedad global de la que ambos polos son partes integrantes" (STAVENHAGEN 1972, p. 17). Véase también OLIVEN 1981 sobre los rasgos socioculturales de la marginalidad.

latinoamericana obedece a la persistencia de estructuras tradicionales o al capitalismo periférico recibido (observaciones vi, vii, viii) --probablemente a ambas en un proceso de alimentación mutuo--. Pero, ¿cómo derivar de ahí, por ejemplo, una imagen de la innovación y la difusión lingüística? Hay algunos hechos demográficos trascendentales. Existe una fuerte correlación entre marginados y migrantes. Se ha descrito la conducta social de los migrantes como inadaptada. El migrante experimenta el conflicto entre sus valores tradicionales y los nuevos valores urbanos. Por otra parte, es bien sabida la importancia del contacto lingüístico y del contacto dialectal en la ejecución de los mecanismos del cambio lingüístico, sea para promover innovaciones o para desdialectizar rasgos. Por todas estas razones el estudio de los inmigrantes está tan íntimamente enraizado en la comprensión sociolingüística de una ciudad como la de México. Sin ellos, el estudio no tiene sentido¹⁷. Aproximadamente la cuarta parte (24,8 %) de la población del Distrito Federal en 1990 (2.046.064 personas) eran de origen inmigrante; en la parte que este estudio considera del Estado de México, más de la mitad de la población (57,8 %) tenía ese mismo origen (3.026.684 personas)¹⁸.

¹⁷ Para establecer las pautas sobre la migración en México, deben consultarse los siguientes trabajos: STERN 1983, NEGRETE 1990, GRAIZBORD y MINA 1994, CHÁVEZ GALINDO y SAVENBERG 1995.

¹⁸ Las entidades con un fuerte componente rural son las que tienen menos inmigrantes: Milpa Alta (10,0 %), Xochimilco (18,9 %), Tláhuac (20,5 %). Buena parte de los municipios mexiquenses, en

Los datos censales de diferente tipo, los estudios sociológicos y culturales y la experiencia cotidiana permiten, entonces, concebir más fácilmente la ciudad de México en términos de conflicto que en términos de consenso. En los modelos de consenso suele suponerse un continuo social a través del cual pueden deslizarse los individuos; en particular, suele suponerse que los hablantes desean deslizarse hacia arriba en la escala sociolingüística, por lo menos en lo que se refiere a sus actitudes abiertas. En los modelos de conflicto, en cambio, se sugiere que existen varios grupos sociolingüísticos que se oponen entre sí, que existen fuertes barreras entre ellos y que no necesariamente es aspiración de los hablantes trasladarse de unos grupos a otros. Tres son los aspectos que valoran:

Son modelos de corte marxista que valoran la posición de los individuos en los sistemas de producción, la ideología de los grupos y su capacidad de decisión sobre aspectos que afectan a la comunidad (Moreno Fernández 1998, p. 50)¹⁹.

cambio, están mayoritariamente poblados por fuereños: Coacalco (71,5 %), Ecatepec (64,9 %), Nezahualcóyotl (59,5 %). Considérese, además, que los hijos de inmigrantes nacidos en la nueva entidad ya no figurarán en las listas de migrantes. La población en México es muy joven: en toda la República, el 38,3 % de la población tiene menos de 15 años; la mitad de la población tiene menos de 20 años. El Distrito Federal, sin embargo, empieza a evolucionar hacia una distribución intermedia de la edad.

¹⁹ Marx puede ser visto como telón de fondo, en efecto, de varios de estos modelos. Marx ha influido, de una u otra manera, en varias escuelas sociológicas urbanas: en la Escuela Culturalista, en la Francesa, donde se llevó hasta sus últimas consecuencias, en la tradición sociológica latinoamericana. La idea de conflicto es también de raigambre weberiana: se entiende allí el cambio social como "confrontación valorativa de los distintos agentes que integran la realidad urbana en particular, y la social en general"

Se han propuesto varios modelos sociolingüísticos variacionistas o, para ser más exactos, compatibles con el variacionismo²⁰, basados en la idea de conflicto. El mercado lingüístico de Sankoff y Laberge (1978), las redes sociales de Lesley Milroy (1987a) y el modo de vida, propuesta también de Lesley y James Milroy (1992), derivada de las aseveraciones del sociólogo escandinavo Højrup (1983)²¹, y que en realidad es una ampliación del método original fundamentado en el trabajo con redes sociales. Por fin, aunque con éxito discutible en la práctica, se ha trabajado en varias ocasiones con clases sociales basadas en la concepción marxista de clase, no en la funcional. Discutamos brevemente algunos aspectos de estas cuatro propuestas, dando por supuesto que el lector conoce sus fundamentos generales.

Clases sociales

(LEZAMA 1993, p. 134).

²⁰ Para nosotros, aquello a lo que se llama variacionismo es básicamente un procedimiento analítico. Es decir, no es una técnica de recolección de datos --de ahí que los datos puedan ser o no compatibles con un análisis variacionista--; es un análisis que se justificará cuando el factor tiempo ande de por medio de alguna manera. Pero tampoco es propiamente una teoría sobre el cambio lingüístico. Más bien un análisis variacionista sirve para construir las generalizaciones que deben discutirse en el seno de teorías particulares.

²¹ Véanse también los comentarios de James MILROY 1992, pp. 206-220; GRANDA 1994, p. 203; ROMAINE 1994, pp. 226-227; MORENO 1998, pp. 53-54.

No resulta fácil explicar por qué se han empleado tan restringidamente nociones de clase social más cercanas a la concepción marxista en los trabajos sociolingüísticos²². Es probable que la razón sea ante todo la de la propia tradición establecida por los estudios labovianos, el deslumbramiento ante sus hallazgos, más que razones propiamente teóricas. Por supuesto, la adopción de este bien comprobado modelo de trabajo ha permitido a más de un sociolingüista permanecer en una apacible neutralidad sociológica²³.

El interés sociológico de la idea de clase se va a recuperar

²² "En los estudios marxistas sobre clases se consideran dialécticamente la categoría principal burguesía-proletariado como constantes, y, como variables, las características de las mismas. Esto obedece a la definición del sistema capitalista en su esencia misma, que subsiste en tanto se da la categoría «burgueses-proletarios». A la categoría esencial del sistema se pueden añadir muchas otras características sin que esencialmente el sistema deje de ser capitalista" (GONZÁLEZ CASANOVA 1969, p. 173). Cf. también LEZAMA s.f. y CASTELLS 1977.

²³ MILROY 1987b (pp. 29-35 y 97-101) discute con penetración los problemas de la clase social entendida a la manera de Labov. Los sociolingüistas no han profundizado en su significado, así que sus teorías no pueden afrontar con rigor la relación entre lenguaje y estructura social. "A class is thus said vaguely to consist of a group of persons sharing similar occupations and incomes, and as a consequence similar life-styles and beliefs" (p. 99). Su éxito se explica, probablemente, por la gran cantidad de elementos que aglomera, pero ello no garantiza su veracidad ni la del modelo de prestigio asociado. Hay que empezar por distinguir entre clase (dimensión económica) y status (dimensión evaluativa) (p. 101). El peso de los elementos cambia según las sociedades, así que no basta con aplicar un modelo general. No es clara la relación entre clase y status, pues personas de la misma clase pueden tener diferentes status en ciudades diferentes; también varía el grado de movilidad según las distintas sociedades. Cf. también STAVENHAGEN 1969. Una de las mejores introducciones al problema de las clases sociales en sociolingüística sigue siendo GUY 1988.

aquí, en cierta forma, a través de la propuesta de modos de vida que se expondrá un poco más adelante, en un intento de vincular la observación microlingüística, etnográfica en su forma ideal, derivada del examen de redes sociales, con la necesidad de alcanzar cierta representatividad, siquiera cualitativa y relativa, de la complejidad social de la ZP.

Mercados lingüísticos

El mercado lingüístico ha sido llevado pocas veces al terreno empírico después de la propuesta original²⁴. Sankoff y Laberge (1978) elaboraron un índice que mide la actividad económica según requiera mayor o menor competencia en la lengua estándar²⁵. Personas como maestros, recepcionistas o actores dominan más la lengua estándar que otras personas de clase social o económica equiparable. Para elaborar el índice describieron la historia socioeconómica de 120 informantes. Ocho sociolingüistas profesionales o estudiantes de posgrado sirvieron de jueces y hubieron de colocar a cada individuo en grupos a la luz de un único criterio: la importancia relativa de la lengua estándar en la vida socioeconómica del hablante. En general, los jueces estuvieron de

²⁴ Para elaborar estudios de corte variacionista, debe insistirse en ello.

²⁵ La relación entre habla y proyección socioprofesional también se ha estudiado desde la actuación, como en YAMMARINO y NAUGHTON 1988 --de manera poco convincente para una visión lingüística, por cierto--.

acuerdo en la agrupación. Las clasificaciones obtenidas se convirtieron a una escala numérica. Al comparar este índice con tres variables lingüísticas se comprobó la importancia del mercado lingüístico para sopesar la variabilidad.

El mercado lingüístico comparte con las redes sociales la visión capitalizada del lenguaje: nadie dice algo gratuitamente, todo tiene un precio, y el valor del mercado lingüístico no es el mismo según quien lo haya dicho²⁶. Como nuestro trabajo básico es con redes sociales, esperamos estar pudiendo recuperar algunos de los rasgos más interesantes de la idea de mercado dentro de la de redes, como se verá en seguida. Por otra parte, hasta el momento los diferentes participantes en el proyecto están actuando como jueces, pues varios aspectos de interés sociolingüístico de las historias personales de los informantes requieren de una evaluación que es, antes que otra cosa, cualitativa. Ello no excluye el empleo posterior de jueces externos.

Redes sociales²⁷

La idea de red social como instrumento analítico tiene su origen en propuestas antropológicas de mediados de los años 50 (Barnes

²⁶ Deben tenerse presentes los trabajos de BOURDIEU, en especial los comentarios contenidos en 1990a, la perspectiva general de 1990b y las pp. 37-102 de 1991, dedicadas a la economía de los intercambios lingüísticos.

²⁷ Para una introducción acerca del modelo y método de redes sociales, véase LASTRA 1992, pp. 312-322.

1954)²⁸, aunque a juzgar por la época de las publicaciones más citadas, su verdadero desarrollo --entiéndase en antropología social-- se dio a partir de la década de los años 70. Ingenios semejantes se habían venido aplicando en los trabajos de antropolingüística. Quizá el mejor exponente de esa época sea el bien conocido y admirable estudio de Blom y Gumperz de 1971. Hay que esperar, sin embargo, al trabajo de Lesley Milroy sobre Belfast, que levantó sus datos entre 1975 y 1977 y se presentó como libro en 1980²⁹, para encontrar una discusión abierta de las posibilidades del método, que es microsociológico y formal:

The basic postulate of these recent studies [los estudios antropológicos sobre redes sociales] is that people interact meaningfully as individuals, in addition to forming parts of structured, functional institutions such as classes, castes or occupational groups. The other main interest of the approach of these scholars is that it is largely structural. With a view to explaining social behaviour, they concentrate not on the social or personal attributes of the individuals in a social network, but rather on the characteristics of the linkages which bind them to each other (Milroy 1987a, pp. 46-47).

²⁸ El concepto, sin embargo, fue introducido por RADCLIFFE-BROWN en 1940 (cf. BOISSEVAIN 1987, p. 164).

²⁹ Aquí citado por la segunda edición, MILROY 1987a.

Para la discusión que ahora interesa hay que referirse a cuatro puntos críticos: la idea de interacción sociolingüística en que descansa la propuesta de redes sociales, los índices de red, el índice que mide la posición de un hablante dentro de una red social, los límites del método.

La explicación de la función social --y sociolingüística-- de las redes descansa en la teoría del intercambio (Homans 1958). Una red social actúa como un mecanismo para intercambiar bienes y servicios, y para imponer obligaciones y conferir derechos a sus miembros. Vistas así las cosas, un mensaje es una transacción cuyo costo debe ser menor al valor obtenido a través de él --si el flujo transcurre entre los dos sentidos, tendremos propiamente un intercambio--. Por tanto, sólo un explorador que tenga un papel identificable dentro de la red gozará de los rendimientos lingüísticos generados por las obligaciones que la propia red produce (Milroy 1987a, pp. 47-49). Como puede advertirse, la propuesta comparte con la de mercados lingüísticos la visión capitalizada del lenguaje, bien o servicio nunca gratuito. La diferencia esencial es que aquí una estructura microsocial, la red, explica el sentido de los intercambios cotidianos. Más allá de esta tosquedad inicial, el gran beneficio es que instala el trabajo sociolingüístico en el marco de análisis del comportamiento cotidiano.

La relación entre las dos siguientes cuestiones, la red y sus

miembros es, en cierto sentido, insoluble más allá de una razonable aproximación a su estructura hipotética. En cierto sentido, no queda claro si lo que se busca caracterizar es, en primer término, al individuo miembro de la red o a la red misma. Por un lado, es difícil determinar con exactitud los índices que miden las redes. La densidad es la razón que resulta de dividir el número de relaciones reales entre el número de relaciones posibles; aunque lo segundo es más o menos calculable, lo primero resulta, en la práctica, sólo de una estimación cualitativa. La multiplicidad es la razón entre el número de vínculos múltiples y el número de vínculos reales entre individuos. En cuanto a los tipos de vínculos, en Belfast se reducen "to the key relationships of kin, neighbourhood, occupation and voluntary association" (Milroy 1987a, p. 52) --lo cual, obviamente, encierra una amplia hipótesis sobre la naturaleza de las relaciones sociales--. El número de vínculos reales, nuevamente, depende de una razonable estimación cualitativa. Como resultaría imposible estudiar o conocer las relaciones entre todas las personas, lo que cabe imaginar como una cadena infinita, el estudio se limita a estudiar sectores particularmente espesos (densos y múltiples) del firmamento de individuos y de relaciones entre individuos; esos sectores son los llamados agrupamientos o grupos. Ahora bien, para que el analista decida cualitativamente sobre aspectos cruciales de la densidad, la multiplicidad y la naturaleza misma de los grupos de personas, el

único método razonable es que se introduzca de alguna manera dentro de la red, adoptando la famosa postura ambigua del insider / ousider. Llegados a ese punto, parece obvio que la manera de ser de una red social, en sus distintas dimensiones, depende esencialmente del papel que desempeñemos en ella, es decir, depende de la posición del observador. Por resumir el razonamiento de alguna manera, parecería que no hay una manera muy objetiva de definir una red social particular cuando uno planea o está levantando un trabajo sociolingüístico apoyado parcial o totalmente en la idea de redes --como es nuestro caso por el momento en la ciudad de México--.

Una manera analítica de resolver el problema sería suponer que el objeto primario de estudio es el individuo y sus relaciones. ¿Cómo medir, entonces, sus relaciones, su forma de pertenencia a la red? El índice que propone Milroy se fundamenta en las siguientes condiciones:

1. Membership of a high-density, territorially based cluster.
2. Having substantial ties of kinship in the neighbourhood. (More than one household, in addition to his own nuclear family).
3. Working at the same place as at least two others from the same area.
4. The same place of work as at least two others of the same sex from the area.
5. Voluntary association with workmates in leisure hours. This applies in practice only when conditions three and four are satisfied (Milroy 1987a, pp. 141-142).

La lectura de estas condiciones hace pensar que, de entre los

instrumentos del método de redes sociales, éste es el más dependiente de la sociedad concreta que se esté estudiando³⁰. Uno de los reparos posibles para crear un nuevo índice para México es que es relativamente poca la información microsociaI disponible y compatible. Hay trabajos clásicos, como Lewis (1961) o Lomnitz (1975, 1977), pero hacen falta todavía bastantes consideraciones para el traslado de estos estudios a verdaderas propuestas sociolingüísticas. Una posibilidad es plantear categorías un poco más generales que las de Milroy. Por ejemplo, que en una red existen individuos que son núcleos formales y que hay individuos que son núcleos funcionales --que pueden o no coincidir con los primeros--. Los núcleos formales, en primer término, justifican la red, porque sin ellos no existiría. El ejemplo más evidente es el de las relaciones de parentesco. Porque justifican la red, algunos miembros de los que descienden otros --por ejemplo-- pueden recibir el apelativo de núcleos formales. Los segundos, en primer término, son focos de dominio: son los que toman decisiones, los que llevan la voz cantante. Su papel primordial, como se ve, es funcional, caracterizan el contenido de los vínculos. Si las cosas pudieran

³⁰ Hace algunos años, un estudio efectuado por uno de nosotros en una zona de clase trabajadora del área metropolitana de Madrid, Getafe, se apoyó parcialmente en el método de redes. Los mecanismos de recolección de datos parecen haberse beneficiado bastante de tal aproximación; sin embargo, en la etapa analítica, empleando un índice adaptado del que se acaba de citar, nunca quedó claro cuál era exactamente su productividad, a diferencia de lo ocurrido en varias otras dimensiones sociolingüísticas.

ser así, se dispondría de ciertas coordenadas a partir de las cuales ordenar el mapa de las relaciones en las redes sociales³¹.

Los límites del método han sido expuesto por sus practicantes en numerosas ocasiones. Los rasgos específicos del levantamiento de datos y la construcción de herramientas analíticas se difuminan cuando se trabaja con individuos pertenecientes a redes livianas (difusas y unidimensionales)³². Es difícil asegurar la representatividad, entonces, si se trabaja sólo con redes sociales típicas.

Modos de vida

Un importante artículo publicado por Lesley y James Milroy en 1992 intentaba salvaguardar la precisión etnográfica de los estudios de redes, al tiempo que libraban uno de los principales defectos del método: la representatividad. Para ello, proponían llevar al terreno sociolingüístico un modelo social y cultural desarrollado en 1983 por el investigador escandinavo Højrup³³.

³¹ Estamos trabajando con estas ideas en una investigación de R. Musselman --su tesis doctoral, dirigida por P. Martín--, sobre los turnos de habla en la conversación en el español de México, parte de cuyos materiales se integran al proyecto de la ciudad de México. Musselman está trabajando por el momento con cuatro redes pertenecientes a varios dominios: familia, amistad, residencia, iglesia.

³² La liviandad es típica de muchas redes: así ocurre con los inmigrantes sonorenses que está estudiando Julio Serrano en su tesis de licenciatura, en el marco del proyecto general.

³³ De hecho, en antropología parece utilizarse con frecuencia

Højrup examina el concepto de modo de vida³⁴, trabajando con tres modos fundamentales³⁵. Para analizar los modos de vida es determinante el modo de producción. La sociedad se interpreta como un complejo de modos de vida, cada uno con una ideología propia, que refleja un sistema de prácticas específico. El modo de vida 1 es el de quienes se autoemplean. En contraposición a los negocios capitalistas, hay negocios pequeños abocados a un solo producto y que son resistentes a las fluctuaciones del mercado. La estructura de las unidades de producción no se deriva de las relaciones

alguna clase de concepción asociada a los modos de vida, no siempre dentro de los mismos marcos. Un par de ejemplos son VARGAS ARENAS 1989 y LAZCANO ARCE 1993, en especial pp. 136-137. MENÉNDEZ 1998 compara el concepto de estilo de vida en las ciencias antropológicas y sociales con el desarrollado en las ciencias de la salud.

³⁴ "La interpretación del concepto 'modo de vida' [...] dista de ser unívoca. Así, según una tendencia (llamémosla, convencionalmente, amplia), el modo de vida incluye no sólo el conjunto de formas de actividad vital de los hombres, sino también el nivel de vida. Al mismo tiempo, se puede encontrar el punto de vista (llamémoslo estrecho), según el cual los elementos estructurales del modo de vida no son las condiciones de vida, sino solo el conjunto de las propias formas de actividad vital. Sin embargo, la experiencia demuestra que el modo de vida, en fin de cuentas, viene determinado por las condiciones de vida y que es imposible modificar la actividad vital de los hombres sin cambiar las condiciones materiales y culturales. Por lo tanto, es aconsejable definir el modo de vida como conjunto de formas, variedades y mecanismos típicos de actividad vital de los hombres, tomada en su unidad con las condiciones que la determinan" (BROMLEI 1985, p. 133).

³⁵ Encuentra estos modos en sociedades occidentales donde existe más de un modo de producción. Si la diferenciación de la población en subgrupos es necesaria y consistente, y no arbitraria, debe estar basada en modos de vida que son constituyentes complementarios de la estructura social.

económicas, sino que los productores se asocian siguiendo relaciones sociales basadas en el parentesco y en la cooperación entre colegas. Varios conceptos culturales, entre ellos la idea de 'trabajo', 'familia' y 'tiempo libre' difieren entre los varios modos de vida. En el modo de vida de los que se autoemplean, no hay distinción clara entre estas tres esferas. La familia es la unidad de producción. El tiempo libre no significa nada: nadie pone al individuo a trabajar, sino que el trabajo es lo primordial para el que se emplea a sí mismo. El modo de vida 2 es el de los asalariados, que se incorporan a un proceso de producción más general. El trabajo proporciona al empleado un salario, que sirve para disfrutar del tiempo libre. El tiempo dedicado a la familia y al trabajo están claramente delimitados. Por fin, el modo de vida 3 es el de quienes quieren hacer carrera. El sistema de producción requiere de personas que organicen y controlen el trabajo. Estos trabajadores se contratan individualmente según sus capacidades y su lealtad a la compañía. Su mira es el éxito, y el ascenso laboral les proporciona mayor libertad de movimientos. El tiempo libre no tiene sentido para ellos: el tiempo vale cuando sirve para avanzar.

Las diferencias entre modos de producción van asociadas a diferencias culturales, de modo que el sistema en conjunto puede sentar las bases para un modelo sociolingüístico de conflicto. Cuando un miembro del modo 1 trabaja temporalmente como asalariado considera este trabajo como dependiente y al que verdaderamente

les interesa como independiente. El modo de vida 2 es conocido y más o menos comprendido por los del modo de vida 1, pero no comprenden el modo de vida 3, que es dependiente pero requiere de tanta dedicación como si fuera independiente. Para los asalariados, no tiene objeto trabajar excepto en lo que es absolutamente el mínimo indispensable. En cambio, en el modo de vida 3 se avanza por medio de la organización, delegando funciones subordinadas en otros y dedicándose a dirigir con miras a ascender en la jerarquía³⁶. El tiempo libre se dedica a relacionarse para poder avanzar más. Es fácil concluir que fuertes diferencias culturales separan a los varios modos de vida. Diferencias sociales y culturales interrelacionadas y en última instancia basadas en el modo de producción.

Las limitaciones de estas ideas son fáciles de señalar. En primer lugar, como método sociolingüístico vale lo que valga el método de redes, pues los modos de vida se presentan como macroestructuras superpuestas a aquéllas, pero la mira básica, la unidad sociolingüística, por decirlo de alguna manera, nos parece que siguen siendo las redes sociales. En segundo lugar, la propuesta sirve si se demuestra su veracidad como modelo cultural. Sus fuertes vínculos con los modos de producción reducen la

³⁶ Pero no tienen fidelidad a una compañía. Si se trata de avanzar, se cambian a otra. En general, la esposa ayuda al marido a avanzar, de manera que la casa, los muebles o la ropa sean presentables y respetables.

propuesta a la misma tosquedad lingüística, si es lícito expresarse así, que las propuestas de clase marxista y de mercado lingüístico, con casi los mismos problemas para considerar a las personas no productivas, así que debe decirse de nuevo que el enfoque es útil si se demuestra su valor cultural. En tercer lugar, no es sencillo ni obvio casar las ideas de distribución social de la variación lingüística y los caminos de la innovación y la difusión de los cambios con la base de conocimiento sociocultural disponible, dada la compleja cifra que resulta de las relaciones entre trabajo, familia y tiempo libre.

En la propuesta de los Milroy a comienzos de los años 90, los modos de vida son el eslabón entre el estudio lingüístico de los grupos concretos, organizados a través de redes sociales, y el de las entidades sociales más abstractas. Sin embargo, para llevar estas ideas a la práctica, es necesario diseñar un índice específico que permita situar a los hablantes sobre una escala, tal como hacemos a continuación, además de adaptar la propuesta general al estudio empírico de la ciudad de México.

ÍNDICES INDIVIDUALES DE MODO DE VIDA

Aplicar un índice que mida el modo de vida de cada informante es un problema práctico y teórico. Por una parte, es necesario situar a

los hablantes sobre alguna clase de escala, por problemática que ésta sea, si se quiere llevar al campo práctico la propuesta de modos de vida. Por otra parte, tales escalas se convierten en hipótesis sobre la innovación y la difusión de cambios lingüísticos.

La propuesta original de Højrup tiene el atractivo de presentar un modelo social y cultural al mismo tiempo. Por otra parte, debe concederse que el énfasis está puesto en las relaciones de los individuos con los medios de producción, y que parámetros como las relaciones familiares y la ocupación del tiempo libre se desarrollan, por así decirlo, a la luz de la esfera productiva³⁷. Por otra parte, y es el segundo atractivo del acercamiento, puede estarse de acuerdo con los Milroy en que la observación sociolingüística de los modos de vida ha de permitir vincular las observaciones micro- con las macrolingüísticas.

Los tres modos de vida básicos planteados por Højrup, leídos sociolingüísticamente por los Milroy y aceptados en PRESEEA, pueden estarse moviendo en una escala demasiado amplia. No debe olvidarse, además, que fueron pensados para el caso de las sociedades europeas occidentales, y que su implantación directa sobre los datos mexicanos puede necesitar de algunas precisiones. Por lo pronto, lo

³⁷ Ya Marx y Engels señalaban que el modo de producción es "un determinado modo de la actividad de estos individuos, un determinado modo de manifestar su vida, un determinado modo de vida de los mismos" (1971, p. 19).

que proponemos es establecer varios grados en el parámetro de los medios de producción, pero respetar las relaciones familiares y de tiempo libre. Es decir:

CUADRO 1

Modos de vida en CVM

<u>Medios de producción</u>	<u>Familia</u>	<u>Tiempo libre</u>
Modo 1 (Autoempleo): A, Tradición semirrural B, Empleo informal C, Pequeños comerciantes	Implicada en la producción	Poco
Modo 2 (Asalariados): D, Subempleados E, Obreros F, Burócratas	Separada de la producción	Claramente delimitado
Modo 3 (Éxito): G, Cuellos blancos H, Profesiones liberales	Ceñida a la carrera	Innecesario

Aunque a continuación mencionamos alguna información demográfica que aspira a apoyar esta concepción de los modos de vida en la ZP, debe quedar claro que la hipótesis de trabajo es, al menos por el momento, puramente cualitativa. Hay para ello varias razones. En primer lugar, está más allá de nuestras posibilidades materiales levantar ninguna clase de trabajo sociolingüístico plenamente representativo de la ZP, tanto en el sentido urbano, como en lo que se refiere a la diversidad de los grupos que la

integran y aun con respecto a la población global --esto último aun suponiendo que hubiera una homogeneidad sociolingüística mayor de la que creemos que hay--. Por tanto, sólo aspiramos a disponer de una razonable o verosímil representación cualitativa de la sociedad, en modo alguno a disponer de una muestra que la modele. En segundo lugar, como ya se ha discutido, nuestra concepción de partida de los intercambios de habla, por un lado, de las historias personales de los individuos (como se ejemplificará un poco más adelante) y de las redes sociales en que se mueven los individuos, es básicamente cualitativa, así que puede recibirse con relativa serenidad --creemos-- una cualificación de los modos de vida. La tercera razón es la más importante. No parece existir una información cultural y social suficiente como para apoyar en ella el estudio sociolingüístico. Parecen existir estudios de aspectos particulares de grupos particulares, pero aun ello puede ser sólo de relativa utilidad para los problemas sociolingüísticos que aquí interesan (entre otros, insistimos, mucho más puramente lingüísticos): la dispersión social de la variación, las fuentes de innovación, el camino de la difusión lingüística. Por ello, este mismo estudio proporciona o debería proporcionar información que permita mejorar las hipótesis socioculturales de partida.

De manera muy breve, expliquemos --sin ofrecer todavía y hasta adelantar más en el trabajo de campo definiciones completamente exhaustivas-- qué se quiere decir por cada uno de los ocho submodos

de producción que se han anotado. El modo de vida A, la tradición semirrural, está pensando en el modo de vida típico de bastantes zonas de la ZP, donde se conservan parcialmente estructuras de producción agrarias, mundos culturales agrícolas y redes sociales más típicas de los pueblos que de la ciudad. Son zonas con pocos inmigrantes y con redes sociales espesas, con rasgos territoriales bien definidos. Sin embargo, estas zonas parecen haber experimentado una especie de inmigración al revés: es la ciudad y sus estructuras la que parece haber caído sobre ellas, así que tampoco pueden concebirse como universos rurales aislados. El empleo informal, modo B, es la punta del iceberg de la marginalidad, su cara más productiva. Sus rasgos más sobresalientes son el despego de las instituciones sociales, su escape a las normas municipales, hacendarias y aun policiales. Estamos entendiendo en este grupo, por supuesto, a quienes se autoemplean. Por ello, caben bien en él, por ejemplo, los vendedores ambulantes³⁸, pero no el servicio doméstico o el de seguridad y protección, que pertenecen al modo de vida D, los subempleados. Aunque el modo D comparte con el B algunos rasgos, como la ainstitucionalidad, existen entre ambos diferencias esenciales: la más importante es que quienes viven del modo D son empleados por otras personas. Por ello mismo, existe separación entre el trabajo y las otras esferas vitales, y no tienden a agruparse profesional o

³⁸ Sobre su compleja problemática, CROSS 1997.

gremialmente, ni a hacer reclamos ante las instituciones. Estos reclamos sí se producen entre personas del modo B, pero obsérvese que suelen reclamar el espacio y la tolerancia social, el consentimiento de las instituciones, si se quiere, más bien que sus derechos. Éste es precisamente el comportamiento que se ha descrito como típico de los grupos marginales --cuando llegan a constituirse, precisamente, como alguna clase de grupos³⁹--. Los pequeños comerciantes, el modo de vida C, pueden imaginarse fácilmente si se piensa en las pequeñas unidades de producción, básicamente familiares, que atienden negocios de barrio del estilo de tiendas de abarrotes, talleres mecánicos y tiendas de autopartes, estéticas, panaderías y otras más. Los modos de vida E y F, obreros y burócratas, atienden básicamente a los empleados formales. La diferencia entre ambos grupos, más que al carácter privado o público del contratante, atiende al ambiente general de producción, al sector de producción prototípico: la fábrica, sector secundario, y la oficina, sector terciario. Por fin, proponemos dividir el modo 3, el de quienes buscan el éxito profesional, en G, cuellos blancos y en H, profesiones liberales, para la ZP. La diferencia esencial es que los G hacen carrera dentro de empresas o instituciones que les permiten tomar decisiones, pero en las que se

³⁹ Piénsese en las continuas pugnas de diferentes grupos con las autoridades: vendedores ambulantes, invasores de terrenos. Realmente, casi todos ellos tienen en común el reclamo de espacio físico, más que de espacio social.

mueven a través de alguna clase de escalafón. En ese sentido, los H son más independientes, puese toman decisiones acerca de su trabajo, pero no forman parte de empresas, y sus subordinados, si los tienen, es personal de apoyo --por ejemplo, secretarial--, sin que exista propiamente una estructura de mando.

No pretendemos que esos sean todos los modos de vida de la ZP, ni que las fronteras entre unos y otros sean siempre claramente nítidas, o que no sea concebible reagruparlos de alguna manera más conveniente. Sin embargo, sí creemos que representan figuras sociales, redes y aun individuos fácilmente reconocibles para muchos de los propios habitantes de la ZP, y por ello mismo proponemos esta estructura como hipótesis en nuestro trabajo sociolingüístico⁴⁰.

Debe observarse que los modos de vida difieren culturalmente

⁴⁰ En apoyo de esta hipótesis, pueden mencionarse algunos datos censales, aunque debe insistirse en que son insuficientes para la caracterización sociocultural que precisa el modo de vida. Por sectores productivos, la PEA de la ZP se dedica esencialmente a actividades del sector terciario: el 64,58 % --frente al 46,1 % de toda la República--, un 30,94 % al sector secundario --27,9 % nacional-- y sólo el 4,56 % trabaja en el sector primario (22,6 % en México globalmente--). Ello nos habla de una realidad urbana. Ahora bien, la mayor parte de esa masa productiva son empleados u obreros (3.494.042), muchos menos trabajan por cuenta proia (732.653) y pocos aparecen registrados como jornaleros o peones (70.154, dato que seguramente deba matizarse). En la mayor parte de las ocupaciones predominan los hombres, con excepción del servicio doméstico (96,6 % de mujeres en todo México), la educación (60,3 %) y los oficinistas (53,6 %) --2.535.210 personas se dedican al hogar en la ZP--. La población es muy joven: sólo 3.622.647 habitantes de la ZP, de un total de 13.470.973, tienen 35 o más años. Buena parte de la población, más cuanto menores son los recursos, se casan muy jóvenes, y el promedio de hijos por familia anda alrededor de 3.

en al menos dos sentidos. En primer término, en el conjunto de relaciones que se establecen dados los tres parámetros. En segundo lugar, la concepción de elementos nucleares es diferente en cada modo de vida: así ocurre con la noción de trabajo, por ejemplo. Lo que entienden los individuos acerca de él es radicalmente diferente. Estas zanjadas entre modos de vida están en la base de la construcción de un modelo sociolingüístico basado en la idea de conflicto.

Se conforman así una serie de prototipos alrededor de los cuales van a irse agrupando los informantes. Los individuos, por otra parte, deben ser evaluados conforme a las redes de las que formen parte. En particular, debe considerarse la densidad y multiplicidad de las redes y la nuclearidad del individuo en el seno de ellas. La nuclearidad funcional estima el poder social de una persona en cada una de las dimensiones de las redes a que pertenezca con respecto a los otros miembros de la red; la nuclearidad formal evalúa el sector de red justificado por un individuo. Es decir, cabe esperar que las personas centrales tengan mayor resonancia sociolingüística --por ejemplo, a la hora de difundir un cambio-- que las periféricas.

Pues bien, nuestra expectativa es que los individuos adscribibles al modo de vida 1 pertenezcan a redes +densas y +múltiples, los del modo de vida 2 a redes +densas y -múltiples, y los del modo de vida 3 a redes -densas y -múltiples. Es decir, si

llamamos espesor a la combinación de densidad y multiplicidad, las redes son más espesas en los modos primeros y menos espesas en los últimos. Esto, por supuesto, es sólo un prototipo, y cabe esperar que muchos individuos tengan historias personales lo bastante ricas como para matizar esta adscripción⁴¹.

Dados todos estos ingredientes (Højrup, los Milroy, PRESEEA, el proyecto mexicano), si pudiéramos representar espacialmente el modelo planteado, el efecto sería el de destacar que las redes más espesas están localizadas más cerca del vértice; además, habría cierta coherencia expansiva en esta representación, pues las redes se abren más cuanto más se dispara la distancia respecto del vértice de partida.

El índice que proponemos intenta ser coherente con este modelo⁴². Es éste:

$$M = \frac{[3 (P) + 2 (F) + 1 (T1)] - 6}{27} \times 100$$

El índice tiene el efecto de situar a los individuos sobre una

⁴¹ De hecho, tenemos la idea de desarrollar en el futuro índices que permitan combinar la medición de modos de vida con el espesor de las redes y con la centralidad de los individuos dentro de las redes. Esto último, en especial, sería muy útil, pues mediría la caja de resonancia sociolingüística disponible para cada individuo. Por el momento manejaremos estas variables como parámetros separados.

⁴² Somos conscientes, por otra parte, de que se trata básicamente de un índice práctico, que ni siquiera capta la complejidad matemática que podría desprenderse aun de la más esquemática plasmación del modelo social.

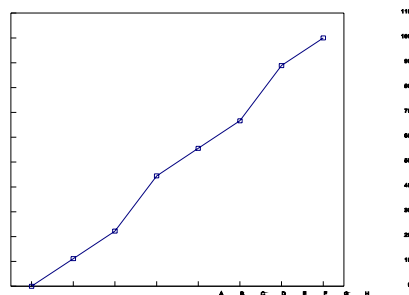
escala que va de 0 a 100. El peso principal, en congruencia con el modelo propuesto, se otorga a los medios de producción, en segundo término al parámetro de relación familiar y en tercer lugar al tiempo libre⁴³. Además, como P va de 1 a 8, y F y Tl sólo de 1 a 3, el efecto primordial de los medios de producción es doblemente notorio. Las diferencias en P, por otra parte, contribuyen a hacer ver las diferencias entre los 8 modos de vida del proyecto local, en contraposición a los 3 del proyecto global. Sin embargo, los submodos de vida quedan agrupados alrededor de los prototipos básicos. El efecto esencial es que el índice de modo de vida para cada individuo queda relativamente cerca del tipo de relación ejercida para con los medios de producción, pero con correcciones medianas y pequeñas por efecto de los otros parámetros. Esta peculiar incidencia parece estar más cerca de la propuesta original de Højrup que de las correcciones sugeridas por los Milroy, siendo, en principio, compatible con ellas.

Los valores prototípicos para cada uno de los submodos de vida son A, 0; B, 11,11; C, 22,22; D, 44,44; E, 55,55; F, 66,66; G, 88,88; H, 100. Como permite apreciar el Gráfico 3, tiene el efecto de producir saltos más abruptos entre los modos 1, 2 y 3 que entre los submodos adscritos a cada uno de los modos principales.

GRÁFICO 3

⁴³ Su propio diseño permite incorporar en el futuro mayores matices en F y en Tl.

Valores prototípicos de los submodos de vida en CVM



Intentemos aclarar con algunos ejemplos el significado y la utilidad práctica de este índice, para luego examinar las soluciones posibles ante varios hechos problemáticos. Al final, se mencionarán las hipótesis pertinentes para la innovación y difusión de cambios lingüísticos, a partir de la formulación de un modelo social de esta naturaleza.

Un primer ejemplo es el de una informante vecina de Milpa Alta, miembro de la comunidad tradicional, pero trabajadora asalariada en un empleo modesto en la parte nuclear de la ciudad. A partir de los datos y del conocimiento establecido con ella, parece tratarse de alguien que podría haber pertenecido al modo de vida 1, pero cuyo trabajo concreto se realiza en términos del modo de vida 2. Una manera de representarlo es clasificarla en 2 bajo D, es decir, como subempleada asalariada, pero atribuirle los rasgos familiares y de tiempo libre propios del tipo 1. Sobre nuestra escala, recibiría una puntuación de 33,33. Si esta misma persona trabajara en el llamado sector informal, por decir algo, quedaría

dentro del tipo B del modo 1, y recibiría entonces una puntuación de 11,11.

Pensemos ahora en el caso de una informante que trabaja como secretaria, y que forma parte prototípicamente del modo de vida 2, como burócrata. Dado el índice propuesto, su puntuación es de 66,66. Si se advierte, el efecto de la escala tiende a concentrar en ciertas áreas las puntuaciones de los individuos. El punto central de esas nubes de informantes es el prototipo, pero como también puede apreciarse, caben muchas variaciones de detalle según las personas.

En el caso de un informante editor, adscribible al submodo H, profesiones liberales, la escala de modo de vida le asigna la puntuación máxima, 100. Ahora bien, puede que en el caso de una arquitecta que está al comienzo de su carrera, y que en realidad está a medio camino entre el trabajo asalariado y quizá la carrera en busca del éxito, como es el caso de otra informante, probablemente habría que matizar el modo de vida 3 con lo que parece ocurrir en sus relaciones familiares y en su tiempo libre, aparentemente en la esfera del modo de vida 2, de manera que su índice de modo de vida resulta ser 77,77, lo cual permite situarla entre los prototipos de los modos 2 y 3.

El problema principal, inicialmente, lo constituyen las personas ajenas a una relación directa con los medios de producción: ancianos, niños, personas que trabajan en el hogar. En

primer lugar, debe aclararse que éste es un problema que surge siempre cuando se adscriben los informantes a cualquier clasificación por clases o profesional. Por definición, en el modo de vida 1 no debería haber personas no productivas, si se supone que la familia completa interviene en el proceso de producción. La separación tajante entre familia y trabajo en el modo de vida 2 sugiere tratar por separado a los cónyuges, adscribir a los ancianos no productivos a su etapa productiva pretérita, y sólo en el caso de los jóvenes y niños aún no productivos adscribirlos a sus padres. En cambio, en los casos más típicos del modo de vida 3, los familiares no productivos pueden adscribirse al miembro de la familia alrededor de cuya carrera gira el grupo entero. Como puede verse, aunque la propuesta aquí desarrollada no soluciona por completo este problema tradicional en los estudios sociolingüísticos, al menos permite replantearlo a partir de las diferencias sociales y culturales entre los varios modos de vida.

CONCLUSIONES

Las tres etapas del método sociolingüístico son recolección, análisis e interpretación de los datos⁴⁴. En cuanto a la recolección, trabajar con redes sociales --hasta donde sea posible--

⁴⁴ Seguimos en esto a MORENO FERNÁNDEZ 1990.

- es una buena manera de asegurar la espontaneidad de los materiales grabados. El trabajo básico de grabación y levantamiento de datos del proyecto de la ciudad de México intenta moverse a través de redes sociales, a sabiendas de sus limitaciones⁴⁵. Por otra parte, la propuesta de modos de vida permite ordenar las varias microrredes con que se trabaja, de manera que el producto final sea más representativo de la sociedad en su conjunto. Obsérvese --esto debe recalcarse-- que el análisis de los modos de vida no es una alternativa al trabajo con redes sociales. La idea de modo de vida sólo busca compensar los aspectos macrosociológicos. Es coherente con una visión conflictiva de la sociedad, al tiempo que asocia esa misma visión a la cultura típica de los grupos sociales⁴⁶, lo que, precisamente, permite acomodarla al trabajo de pequeña escala con redes sociales.

En lo que toca al análisis, sugerimos que un índice como el que estamos aplicando es útil para reflejar el modelo

⁴⁵ Cf. los comentarios acerca del método de redes sociales aplicado en el estudio sociolingüístico de Málaga (VILLENNA PONSODA 1997, en especial pp. 89-91).

⁴⁶ "Puesto que el modo de vida está indisolublemente intervencido con los procesos de base y de superestructura, es extraordinariamente importante delimitar su interpretación del concepto 'cultura' (en su acepción amplia), el cual en la metodología marxista se interpreta como sistema configurado de modos (o medios y mecanismos) de actividad vital de los hombres en combinación con los valores materiales y espirituales por ellos creados. Partiendo de ello, se puede decir que el modo de vida es la cultura actualizada en las acciones de las personas" (BROMLEI 1985, p. 135).

sociolingüístico que estamos proponiendo, al tiempo que crea una escala que permite ver con relativa claridad las diferencias que se quieren marcar. Por supuesto, los índices de red, de pertenencia a la red, de modo de vida, son sólo algunos de entre los índices pertinentes.

Por fin, los modos de vida permiten formular varias hipótesis sobre la innovación y difusión lingüística. Por un lado, su compatibilidad con los modelos de redes permite abarcar la idea de que son los hablantes que pertenecen a redes menos espesas los que innovan, y también que son los hablantes centrales de redes espesas los principales agentes de la difusión lingüística (cf. Milroy y Milroy 1985). De otro lado, está por verse si es compatible con afirmaciones basadas en otros modelos sociales --piénsese en el hallazgo, debatido, por supuesto, de la hipercorrección de la clase media--. Nuestra impresión, quizá por el relativo escepticismo sociológico que expusimos, es que no es tan difícil trasvasar unas y otras generalizaciones. Por lo demás, los datos, tal como se están recogiendo, permiten varias filiaciones de los informantes, así que siempre será posible reanalizar la muestra bajo los ojos de otros índices, convencionales o no⁴⁷.

⁴⁷ El procedimiento estadístico fundamental que estamos empleando es la regresión logística. Debe recordarse que la regresión es un procedimiento útil para "reparar" los efectos de las muestras pequeñas y poco representativas; debe también recalcar que los problemas de muestreo son normales en cualquier trabajo empírico. Podría llegar a pensarse que lo extraño en ciencias sociales es tener muestras representativas. Reanalizar los

BIBLIOGRAFÍA

- BARNES, J. A. 1954. "Class and committees in a Norwegian island parish", Human Relations, 7, 39-58.
- BLOM, J.-P., y J. J. GUMPERZ 1971. "Social meaning in linguistic structures: Code-switching in Norway", en Language in Social Groups. Ed. A. S. Dil. Stanford University Press, Stanford, pp. 274-310.
- BOISSEVAIN, JEREMY 1987. "Social network", en Sociolinguistics. An International Handbook of the Science of Language and Society. Eds. Ulrich Ammon, Norbert Dittmar, y Klaus J. Mattheier. Walter de Gruyter, Berlin - New York, vol. 1, pp. 164-169.
- BOURDIEU, PIERRE 1990a. "El mercado lingüístico", en Sociología y cultura. Trad. M. Pou. Grijalbo, México, pp. 143-158.
- 1990b. In Other Words. Essays Towards a Reflexive Sociology. Trad. M. Adamson. Polity Press, Cambridge.
- 1991. Language and Symbolic Power. Trad. G. Raymond y M. Adamson. Polity Press, Cambridge.
- BROMLEI, NATALIA 1985. "La sociedad del socialismo real: modo de vida", Ciencias Sociales, 1, 130-148.
- CASTELLS, MANUEL 1977. "Apuntes para un análisis de clase de la

datos bajo índices no previstos o previstos subsidiariamente es, simplemente, un problema de muestreo. Una buena introducción para empezar a pensar en el valor epistemológico de la estadística puede encontrarse en CORTÉS 1997.

- política urbana del Estado Mexicano", Revista Mexicana de Sociología, 39, 4, 1161-1191.
- Censo 1990. XI Censo General de Población y Vivienda. México: INEGI.
- CHÁVEZ GALINDO, ANA MARÍA, y SANDRA SAVENBERG 1995. "Nuevo horizonte de la migración en el centro de México: 1970-1990", Estudios Demográficos y Urbanos, 10, 295-345.
- CORTÉS, FERNANDO 1997. "Consideraciones epistemológicas sobre algunos temas de la estadística social: una mirada desde la epistemología genética", Estudios Sociológicos, 15, 835-856.
- CROSS, JOHN C. 1997. "Debilitando el clientelismo: la formalización del ambulante en la ciudad de México", Revista Mexicana de Sociología, 59, 4, 93-115.
- FIGUEROA, ESTHER 1994. Sociolinguistic Metatheory. Pergamon, Oxford.
- GONZÁLEZ CASANOVA, PABLO 1969. Sociología de la explotación. Siglo XXI, México.
- GRAIZBORD, BORIS, y ALEJANDRO MINA 1994. "Los ámbitos geográficos del componente migratorio de la ciudad de México", Estudios Demográficos y Urbanos, 9, 609-628.
- GRANDA, GERMÁN DE 1994. "Observaciones metodológicas sobre la investigación sociolingüística en Hispanoamérica", Lexis, 18, 197-210.
- GUY, GREGORY R. 1988. "Language and social class", en Linguistics:

- The Cambridge Survey. IV: Language: The Socio-cultural Context. Ed. Frederick J. Newmeyer. Cambridge University Press, Cambridge, pp. 37-63.
- HØJRUP, THOMAS 1983. "The concept of life-mode. A form-specifying mode of analysis applied to contemporary Western Europe", Ethnologia Scandinavica. A Journal for Nordic Ethnology, 15-50.
- HOMANS, GEORGE C. 1958. "Social behavior as exchange", American Journal of Sociology, 63, 597-606.
- LABOV, WILLIAM 1966. The Social Stratification of English in New York City. Center for Applied Linguistics, Washington.
- 1984. "Field methods used by the Project on Linguistic Change and Variation", en Language in Use. Readings in Sociolinguistics. Eds. John Baugh y Joel Sherzer. Prentice Hall, Englewood Cliffs, pp. 28-53. [Original de 1981].
- 1996. Principios del cambio lingüístico. Trad. P. Martín. Gredos, Madrid. [Original de 1994].
- LARA, LUIS FERNANDO, y KLAUS ZIMMERMANN 1988. "Mexico", en Sociolinguistics. An International Handbook of the Science of Language and Society. Eds. Ulrich Ammon, Norbert Dittmar, y Klaus J. Mattheier. Walter de Gruyter, Berlin - New York, vol. 2, pp. 1341-1347.
- LASTRA, YOLANDA 1992. Sociolingüística para hispanoamericanos. Una introducción. El Colegio de México, México.

- , y PEDRO MARTÍN BUTRAGUEÑO 1997. "Encuestas sociolingüísticas para la ciudad de México". [Manuscrito inédito].
- LAURIN-FRENETTE, NICOLE 1976. Las teorías funcionalistas de las clases sociales. Sociología e ideología burguesas. Siglo XXI, México.
- LAVANDERA, BEATRIZ 1988. "The study of language in its socio-cultural context", en Linguistics: The Cambridge Survey. IV: Language: The Socio-cultural Context. Ed. Frederick J. Newmeyer. Cambridge University Press, Cambridge, pp. 1-13.
- LAZCANO ARCE, JESÚS CARLOS 1993. "Identificación arqueológica de un modo de vida: un estudio en Xochimilco", Boletín de Antropología Americana, 28, 133-161.
- LEWIS, OSCAR 1961. Antropología de la pobreza. Cinco familias. Trad. E. Sánchez. Fondo de Cultura Económica, México. [Original de 1959].
- LEZAMA, JOSÉ LUIS 1993. Teoría social, espacio y ciudad. El Colegio de México, México.
- s.f. Estratificación y clases sociales. El Colegio de México, México, 206 pp. [Documento].
- LOMNITZ, LARISA A. 1975. Cómo sobreviven los marginados. Siglo XXI, México.
- 1977. Networks and Marginality. Academic Press, New York.
- LÓPEZ MORALES, HUMBERTO 1989. Sociolingüística. Gredos, Madrid.

- MARTÍN BUTRAGUEÑO, PEDRO 1997a. "Algunas observaciones sobre el estudio sociolingüístico de la variación sintáctica", Anuario de Letras, 35, 371-381.
- 1997b. "El papel de los factores sociales en el orden de palabras en español", en Varia Lingüística y Literaria. I: Lingüística. Eds. Rebeca Barriga Villanueva y Pedro Martín Butragueño. El Colegio de México, México, pp. 511-532.
- MARX, C., y F. ENGELS 1971. Ideología alemana. Pueblos Unidos, Montevideo.
- MENÉNDEZ, EDUARDO L. 1998. "Estilos de vida, riesgos y construcción social. Conceptos similares y significados diferentes", Estudios Sociológicos, 16, 37-67.
- MILROY, JAMES 1992. Linguistic Variation and Change. Basil Blackwell, Oxford.
- MILROY, LESLEY 1987a. Language and Social Networks. 2a. ed. Basil Blackwell, Oxford. [1a. ed. de 1980].
- 1987b. Observing and Analysing Natural Language. Basil Blackwell, Oxford.
- MILROY, JAMES, y LESLEY MILROY 1985. "Linguistic change, social network and speaker innovation", Journal of Linguistics, 21, 339-384.
- 1992. "Social network and social class: Toward an integrated sociolinguistic model", Language in Society, 21, 1-26.

- MORENO FERNÁNDEZ, FRANCISCO 1990. Metodología sociolingüística. Gredos, Madrid.
- 1997. "Metodología del «Proyecto para el Estudio Sociolingüístico del Español de España y América» (PRESEEA)", en Trabajos de sociolingüística hispánica. Ed. Francisco Moreno Fernández. Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares, pp. 137-167.
- 1998. Principios de sociolingüística y sociología del lenguaje. Ariel, Barcelona.
- NEGRETE, MARÍA EUGENIA 1990. "La migración a la ciudad de México: un proceso multifacético", Estudios Demográficos y Urbanos, 5, 641-654.
- , BORIS GRAIZBORD, y CRESCENCIO RUIZ 1993. Población, espacio y medio ambiente en la Zona Metropolitana de la ciudad de México. El Colegio de México, México.
- OLIVEN, RUBEN GEORGE 1981. "Aspectos económicos, políticos y culturales de la marginalidad urbana en América Latina", Revista Mexicana de Sociología, 43, 4, 1627-1643.
- PARODI, CLAUDIA, y OTTO SANTA ANA 1997. "Tipología de comunidades de habla: del español rural al estándar", Nueva Revista de Filología Hispánica, 45, 305-320.
- PARSONS, TALCOTT 1961. "Some considerations on the theory of social change", Rural Sociology, 26.
- PLEASANTS, NIGEL 1997. "The post-positive dispute in social studies

- of science and its bearing on social theory", Theory, Culture & Society, 14, 143-156.
- RADCLIFFE-BROWN, ALFRED R. 1940. "On social structure", Journal of the Royal Anthropological Institute, 70, 1-12.
- ROMAINE, SUZANNE 1994. Language in Society. An Introduction to Sociolinguistics. Oxford University Press, Oxford.
- RUBALCAVA, ROSA MARÍA, y MARTHA SCHTEINGART 1985. "Diferenciación socio-espacial intraurbana en el área metropolitana de la ciudad de México", Estudios Sociológicos, 3, 481-514.
- SANKOFF, D., y S. LABERGE 1978. "The linguistic market and the statistical explanation of variability", en Linguistic Variation. Models and Methods. Ed. D. Sankoff. Academic Press, New York, pp. 239-250.
- SCRIBANO, ADRIÁN 1997. "El problema de la acumulación de conocimiento en las ciencias sociales", Estudios Sociológicos, 15, 857-869.
- SIGAL, SILVIA 1981. "Marginalidad espacial, estado y ciudadanía", Revista Mexicana de Sociología, 43, 4, 1547-1577.
- SILVA-CORVALÁN, CARMEN 1997. "Variación sintáctica en el discurso oral: problemas metodológicos", en Trabajos de sociolingüística hispánica. Ed. Francisco Moreno Fernández. Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares, pp. 115-135.
- STAVENHAGEN, RODOLFO 1969. Las clases sociales en las sociedades agrarias. Siglo XXI, México.

- 1972. Sociología y subdesarrollo. Nuestro Tiempo, México.
- 1986. "Cultura y sociedad en América Latina: una revaloración", Estudios Sociológicos, 4, 445-457.
- 1998. "Consideraciones sobre la pobreza en América Latina", Estudios Sociológicos, 46, 3-15.
- STERN, CLAUDIO 1983. "Redistribución de la población y principales corrientes migratorias en México", Estudios Sociológicos, 1, 121-149.
- TOURAINÉ, ALAIN 1977. "La marginalidad urbana", Revista Mexicana de Sociología, 39, 4, 1105-1142.
- 1989. "Los problemas de una sociología propia, en América Latina", Revista Mexicana de Sociología, 51, 3, 3-22.
- VARGAS ARENAS, IRAIDA 1989. "Teoría sobre el cacicazgo como modo de vida: el caso del caribe", Boletín de Antropología Americana, 20, 19-29.
- VILLENAS PONSODA, JUAN ANDRÉS 1997. "Convergencia y divergencia dialectal en el continuo sociolingüístico andaluz: Datos del vernáculo urbano malagueño", Lingüística Española Actual, 19, 83-125.
- YAMMARINO, FRANCIS J., y THOMAS J. NAUGHTON 1988. "Time spent communicating: A multiple levels of analysis approach", Human Relations, 41, 655-676.
- ZIMMERMANN, KLAUS 1982. "Perspectivas de la sociolingüística urbana en México", Boletín de Antropología Americana, 6, 105-117.